

ASOCIACIÓN DE JÓVENES HISTORIADORES y ARQUEÓLOGOS DE MURCIA

PANTA REI
REVISTA DE CIENCIA
Y
DIDÁCTICA
DE LA HISTORIA
I - 2^a época

MURCIA 2006

MUNDO MICÉNICO, MUNDO HOMÉRICO Debate historiográfico

ÁNGEL LUIS GONZÁLEZ TORRES

Épica, arqueología e historia

Homero representa el inicio de la Literatura europea. Su influencia no sólo se ha reducido a la tradición grecolatina, sino que sigue siendo fuente de estudio, debate e inspiración actualmente, superando con creces el ámbito de la literatura, convirtiéndose así en referencia indispensable para estudios históricos, filológicos, arqueológicos, antropológicos y artísticos.

Su relato de la cólera de Aquiles durante la guerra de Troya en la *Ilíada*, junto con el del regreso de Odiseo¹ a Ítaca y la recuperación de su trono y esposa en la *Odisea*, han conformado gran parte de la cosmovisión griega, junto con Hesíodo. Sus relatos en forma de poemas épicos fueron no sólo asumidos como parte de la tradición histórica de los habitantes de la Hélade, sino también como una serie de pautas de comportamiento, de modelos a imitar, que fueron seguidos y admirados hasta siglos después de la muerte de su autor. De hecho la creencia popular de forma tajante en su veracidad entre los helenos antiguos contrasta con el absoluto escepticismo en los círculos académicos del siglo XIX, ampliamente imbuidos del espíritu positivista.

Esta opinión generalizada no se vino abajo inmediatamente con los descubrimientos de Heinrich Schliemann. No ayudaron a su credibilidad su peculiar forma de interpretar de forma literal la tradición homérica y sus anteriores actitudes en lugares como la actual isla de Ítaca dónde, en 1868, tras una superficial excavación defendió haber encontrado la granja de Laertes, el campo de Eumeo, una urna funeraria con

¹ Frente a la dicotomía del uso de la nomenclatura latina o griega para referirnos a los personajes homéricos, nos decantaremos en este caso por la griega por considerarla más coherente con el objetivo del presente artículo.

las cenizas de «Odiseo y Penélope o de sus descendientes» a la vez que excavó en busca de las raíces del «olivo de cuya madera construyó Odiseo su lecho nupcial»². De hecho, tal actitud le valió un mordaz comentario de H.F. Tozer: «Un poco más de sentido crítico habría ahorrado bastantes esfuerzos»³.

Durante años se ha instalado un debate entre dos posturas diferenciadas claramente acerca de la historicidad o no de los hechos relatados por el poeta ciego. Las opiniones, diametralmente opuestas, van desde el seguimiento homérico de Blegen, que sostuvo que «no puede dudarse ya, si se observa el estado de nuestros conocimientos actuales [1963], que realmente hubo una histórica guerra de Troya, en que una coalición de aqueos o micénicos a las ordenes de un rey cuya supremacía reconocían todos, luchó contra el pueblo de Troya y sus aliados»⁴ hasta la negación empírica de M.I. Finley: «la homérica guerra de Troya debe ser eliminada de la historia de la Edad de Bronce griega»⁵.

C. Starr⁶ defiende el mundo micénico como una sociedad autónoma, no un mero apéndice del mundo de la Grecia clásica, a la vez que pretende distanciarlo de la utilización que de él se hace para una posible veracidad de la obra de Homero, aunque, como mantiene M. Marazzi⁷ adolece en determinados pasajes de un excesivo simplismo en su demostración, con una visión «bastante estática y reiterativa».

Ni siquiera con las actuales excavaciones en Hissarlik (Turquía) de M. Korfmann, en lo que ya nadie duda es el emplazamiento de la ciudad histórica de Troya, se han podido aportar datos concluyentes para vincular lo allí encontrado con el relato homérico. Los defensores de la existencia de un núcleo histórico en el poema épico, quizás adoleciendo de un exceso de romanticismo, mantienen que la ausencia de evidencias no es evidencia de ausencia, por lo que mientras sigan aportándose datos en base a nuevos descubrimientos, no queda cerrada la puerta de la esperanza a la corroboración de su tesis, como podemos ver en la obra reciente de C. Moreau donde nos ofrece un análisis comparado de la información arqueológica disponible para la Edad Bronce griega y del Mediterráneo oriental⁸.

Los múltiples intentos de encajar el mundo homérico y mitológico con la realidad histórica tienden a producir fórmulas extremas y artificiales, como es el caso de la obra de R. Graves⁹ donde si bien su relato de los mitos está bellamente narrado y

2 SCHLIEMANN, H. *Ithaka, der Peloponnes und Troja. Archäologische Forschungen*. Leipzig, Giesecke und Devrient, 1869.

3 *The Academy I* (1869), p. 22.

4 BLEGEN, C.W. *Troy and Trojans*. Londres, 1963.

5 FINLEY, M.I. *El mundo de Odiseo*. Madrid, 1999.

6 STARR, C.G. *The Origin of Greek Civilisation*. New York. A. Knopf. 1961.

7 MARAZZI, M. *La sociedad Micénica*. Madrid, 1982.

8 MOREAU, C. *La guerra de Troya*. Madrid, 2005.

9 GRAVES, R. *Los mitos griegos*. Madrid, 1985.

concienzudamente documentado, su interpretación de los mismos dista mucho de ser considerada histórica.

No es intención de este escrito entrar a debatir exhaustivamente la existencia o no de una guerra Troya histórica. Homero no es un cronista documentado concienzudamente ni un «corresponsal de guerra»¹⁰, testigo ocular del evento que narra. Actualmente se data la existencia del autor (o autores, lo cual sigue actualmente en debate por parte de los filólogos) de la *Iliada* y de la *Odisea* entre los años 850 y 750 a.C. mientras que el periodo tradicionalmente atribuido a la guerra de Troya oscila en torno a los inicios del s. XII a.C. (1194-1184 según el mito, Troya VIIa según la estratigrafía del yacimiento de Hissarlik).

Conviene, por otro lado, dilucidar hasta qué punto la sociedad descrita por Homero es atribuible a la sociedad micénica que la Arqueología y las tablillas en Lineal-B nos han ido mostrando, lo cual sí nos ofrecería una información significativa para la comprensión no sólo del periodo micénico, sino también para el análisis de la época que vivió Homero.

El mundo de las tablillas

Lo que habitualmente conocemos como mundo Micénico abarca los siglos XVI-XIII a.C. desarrollándose en la Edad del Bronce de Grecia. Su descubrimiento dio pie a su examen desde el punto de vista de la Arqueología, que con las técnicas que le son propias nos ofreció un amplio panorama del mundo en el que se desenvolvían los habitantes de los palacios micénicos y su sociedad.

A partir de 1939 se conoció el hecho de que estos palacios micénicos usaban la escritura, pero no fue hasta 1952 que pudo descifrarse su significado a raíz del trabajo de M. Ventris y J. Chadwick¹¹, identificando un sistema de escritura que consta de ideogramas, numerales y signos silábicos, concretamente, un silabario de 87 signos y que ocultaba una forma arcaica de griego.

Tras la noticia de tan notable descubrimiento, se publicó la magna obra *Documents in Mycenaean Greek*¹² por parte de los dos autores que colaboraron en su descubrimiento y se empezó a analizar los pormenores que las tablillas podían aportar al especialista.

En su conjunto, las tablillas son un resto del amplio volumen de material que tenía que existir dentro de los archivos palaciegos micénicos. Y como tal son unos registros

10 FINLEY, M.I. *El mundo de Odiseo*. Madrid, 1999.

11 VENTRIS, M. y CHADWICK, J. Evidence for Greek Dialect in the Mycenaean Archives. *JHS* 73, 1953, pp. 84-103.

12 A destacar la segunda edición ya corregida: CHADWICK, J. Cambridge, 1973.

burocráticos llevados a cabo por escribas del palacio en el que se anotaban cuestiones básicamente económicas y administrativas: recursos disponibles, aportaciones al palacio, reparto de materias primas a artesanos e incluso una distribución militar de carácter defensivo para la vigilancia de las costas.

Con estos datos se nos presenta un panorama fragmentario pero que da pie a configurar un esquema social que nos permite avanzar en conocimiento del mundo micénico de manera más o menos firme, aportando datos de forma indirecta sobre su religión, su estructura social, su economía (agricultura, ganadería, industria y un posible comercio), su sistema administrativo, su organización geográfica y su sistema militar.

Otros aspectos que podemos considerar importantes quedan oscuros aún. Para dilucidarlos tenemos que apoyarnos en otras disciplinas, como la Filología. Uno de los principales es la configuración de la población que denominamos micénica, su configuración autóctona y las influencias (o invasiones) que recibieron del exterior.

Del mismo modo sigue siendo un aspecto difuso el ocaso de la cultura palaciega micénica. Tradicionalmente se venía fechando este suceso en torno al 1200 a.C. aunque actualmente hay especialistas como M. Siebler¹³ que mantienen que éste no fue un hecho abrupto, sino un proceso que se alargó unos ciento cincuenta años, con una época micénica tardía, conformada por pequeños estados sin palacios y sin escritura pero con un modo de vida cortesano en base a ciertos índices de paz y de prosperidad económica¹⁴, como demuestran las excavaciones de Sigrid Deger-Jalkotzy¹⁵.

J. Chadwick continuó el trabajo de traducción y análisis tras la prematura muerte en un accidente automovilístico de su compañero y amigo M. Ventris. Basándose en lo descubierto en las tablillas de Pilos y Cnosos especialmente configuró un panorama bastante certero de la realidad histórica del mundo micénico¹⁶.

La sociedad micénica estaba dirigida en su cúspide por el *wanax*, lo cual corresponde, con la omisión regular de la *w*, con una de las palabras griegas para *rey*. Junto a él están el *Lāwāgetās* y los *telestai*. También se aplicaba el término *wanax* a una divinidad. Existe la opinión, plausible aunque no demostrada, de que el *Lāwāgetās* fuera el comandante en jefe del ejército del rey, es decir, el «conductor del pueblo aprestado para la lucha».

13 SIEBLER, M. *La guerra de Troya. Mito y realidad*. Barcelona, 2005.

14 DESBOROUGH, V.R. y HAMMOND, N.G.L. The end of Mycenaean Civilization and the Dark Age. *Cambridge Ancient History*, vol. II. Cambridge, 1975.

15 DEGER-JALKOTZY, S. Die Erforschung des Zusammenbruchs der sogenannten mykenischen Kultur und der sogenannten dunklen Jahrhunderte. *Zweihundert Jahre Homer-Forschung. Rückblick und Ausblick. Colloquium Rauricum*. Vol. 2, Stuttgart-Leipzig, 1991, pp. 127-154.

16 CHADWICK, J. *El mundo micénico*. Madrid, 1977.

Junto a estos cargos, están los *hequetai* o Seguidores del rey. El paralelismo con los *Compañeros del monarca* es evidente. Ostentaban una elevada condición y probablemente tenían a su cargo misiones delegadas por el rey tanto en la paz como en la guerra.

El gobernador y el subgobernador de los distritos de un reino eran el *koretēr* y el *prokoretēr* respectivamente. Junto a este cargo administrativo existían varios cuya nomenclatura no siempre es un claro reflejo de su función, o, por lo menos, del conjunto de sus funciones, como es el caso del *klāwiphoros* o «portador de la llave».

La diferenciación entre el poder secular y el poder religioso es un concepto posterior al mundo micénico. Entre sus funciones, los altos cargos también ostentaban responsabilidades religiosas, de culto, bien de forma intrínseca a su cargo «civil» bien en otro cargo paralelo a éste que estuviese dentro de la esfera religiosa. Un ejemplo de esto son los *telestai*, posibles grandes terratenientes micénicos y que en el griego posterior tenían asociadas labores del culto y de los rituales¹⁷.

Según el propio Chadwick los *hequetai* (Seguidores) y los *ktoinookhos* (poseedor de la tierra) conformaban la aristocracia del sistema micénico, constituyendo así dos grupos de poder diferenciados que servían a la vez para el control mutuo frente a la autoridad del *wanax*.

En cuanto a la gente común, los estratos inferiores de la sociedad, tenemos pocos datos referidos a ellos. Estas clases no suelen aparecer en las tablillas de registro palaciegas. Éstas se vuelcan casi exclusivamente en los nobles y poderosos por una parte, y en los siervos y esclavos por la otra. Sólo de forma colateral y casi anecdótica nos aparecen datos concretos que nos revelan algunas informaciones a tener en cuenta, como es el caso de que la enorme especialización del trabajo, llegando a existir profesiones que aportaban artículos que sólo una gran holgura económica podría permitirse como materiales de lujo.

Los esclavos son, por otro lado, una clase social de la que se nos aportan más datos, aunque no siempre éstos son clarificadores. No cabe duda de su existencia, en especial dentro del género femenino, pero su función y su situación social concreta dista mucho de ser conocida con exactitud. Con los datos obtenidos hasta ahora queda claro que la situación de los esclavos micénicos, ya fueran comprados o capturados, no debe ser tratada de la misma forma que la de los esclavos en época clásica. Quedaría quizás a medio camino entre ésta y la situación de los siervos.

Probablemente la posesión de esclavos sólo la ostentaran las clases más altas de la sociedad, así como el propio palacio. Éste se encargaba de su manutención en unidades dedicadas a trabajos especializados, tal y como reflejan varias de las tablillas encontradas en Pilos. Encontramos también esclavos propiedad de algunas divinidades,

17 CHADWICK, J. *El mundo micénico*. Madrid, 1977.

encargadas de funciones cotidianas de culto y como donaciones y fuente de riqueza. Pero la situación de este segmento no termina de estar completamente definida por la ambigüedad de las formas aparecidas en las tablillas.

Un aspecto a destacar es la ausencia de referencias concretas a una posible clase de mercaderes en las tablillas palaciegas. Pese al nombre de «Casa del Mercader de Aceite» que Wace¹⁸ dio a la primera casa excavada por él fuera del recinto amurallado de Micenas, no podemos concluir la existencia de un grupo de mercaderes. La ausencia de un patrón monetario nos indica que cualquier posible comercio se realizaría a base de trueque, lo cual dificultaría sin duda la aparición de un grupo especializado en los intercambios comerciales a una amplia escala. Es éste un argumento relevante, y aunque no es determinante, si debe ser tenido en cuenta.

Por el contrario, autores como Starr mantienen que el grupo social de mercaderes desempeñó una función vital dentro del proceso de acumulación de bienes dentro de los palacios y ciudadelas, decantándose de esta manera no sólo por su existencia, sino también por su importante labor social¹⁹. Quizás pese demasiado en esta tesis la influencia difusionista de G. Childe que enlazaba el origen de la cultura micénica, y por ende la base de su estructura, con las «*sociedades despóticas*» del Próximo Oriente Asiático²⁰ y podía dar pie a estudios comparativos y extrapolaciones que no pueden ser asimiladas más que como meras guías de investigación.

No se puede dejar de lado el hecho de que las tablillas en Lineal-B trata fundamentalmente de la organización de las relaciones entre el palacio y las tierras bajo su dominio, de una forma de explotación de los habitantes rurales así como de los residentes en la ciudadela con el objetivo de obtener medios materiales para subsistencia (y acumulación) así como fuerza de trabajo para el desarrollo del palacio, como mantienen Hiller y Panagl²¹. Evidentemente este aspecto delimita la información que nos ofrece a unos campos más o menos concretos, aunque también han servido de base a otros estudios, como el de Palmer²² que mediante un análisis comparado de la lingüística indoeuropea intenta analizar las instituciones y los mecanismos socioeconómicos que las tablillas micénicas nos ofrecen de forma fragmentaria. Si bien este intento adolece de varios fallos por su diacronía, contribuyó en gran medida a superar el «*micenocentismo*»²³ que ataba y perjudicaba los estudios en este campo al abrirlo a otras áreas de estudio, en especial la península anatólica, como es el caso de la cues-

18 WACE, A.J.B. *Mycenae*. Princeton University Press, Princeton. 1949.

19 STARR, C.G. *Historia del Mundo Antiguo*. Madrid. 1974.

20 CHILDE, V.G. *La prehistoria de la sociedad europea*. Barcelona. 1978.

21 HILLER, S. y PANAGL, O. *Die frühgriechischen Texte aus mykenischer Zeit*. Darmstad, 1975.

22 PALMER, L.R. *The Interpretation Mycenaean Greek Texts*. Oxford. 1963.

23 MARAZZI, M. *La sociedad Micénica*. Madrid, 1982.

tión de la identificación micénica del término hitita *Ahhiyawa*²⁴ y la identificación de Troya con *Wilusa*.

El mundo del poema

Frente a lo anterior expuesto, encontramos lo que los dos poemas épicos que Homero nos ha hecho llegar nos transmiten. Muchos son los intentos de amoldar la sociedad reflejada en la *Ilíada* y en la *Odisea* a los datos aportados por las tablillas micénicas y la Arqueología. La mayoría han sido vanos. Es un problema demasiado frecuente hasta ahora de la micenología el intento de justificar históricamente el mundo homérico con el micénico, llegando a extremos a veces inverosímiles. Si bien es ineludible que ambas obras deben ser de obligada referencia, no puede enfocarse un estudio serio del mundo micénico partiendo de tal premisa.

Tal afirmación no debe, por otra parte, significar la completa indiferencia hacia la posible información que las obras del poeta ciego nos ofrecen. Pero ésta debe ser sin duda trabajada en su contexto específico y analizada desde el punto de vista del sentido crítico. Evidentemente ambos poemas épicos reflejan una sociedad, con sus valores, esquemas, tradiciones y ritos, y es labor del especialista ponerla a la luz.

La sociedad que refleja Homero es una sociedad notablemente más atrasada en algunos aspectos que la que las tablillas nos ofrecen. Excepto en un apunte sobre un mensaje entregado no aparece ninguna referencia al uso de la escritura para las funciones que le son características en el mundo micénico²⁵. Evidentemente no manifiesta esto la completa ausencia de un sistema de escritura, pero sí es significativo que tras quedar patente el frecuente uso que de él se hacía en el mundo micénico, al menos en lo que respecta a la gestión administrativa de los palacios, no se vea reflejado forma más específica y cuantiosa.

El estrato superior de la sociedad homérica está compuesto por un determinado grupo de familias nobles, cuyos varones, los «*próceres argivos*» de la *Ilíada*, fueron los que formaron el ejército griego enfrentado a los troyanos, aunque no todos los varones acudieron a la campaña, como es el caso de Mentor, que quedó en Ítaca para el cuidado de Penélope.

Junto a esto destaca un aspecto similar a lo mencionado en referencia a las tablillas de los palacios micénicos. En ningún momento Homero hace alusión a un papel destacado por parte de las clases inferiores, a excepción en cierta medida de la nodriza de Odiseo, Euricleia, y el porquerizo Eumeno. Su participación es de apoyo fiel

24 GÜTERBOCK, H.G. The Hittites and the Aegean World: the Ahhiyawa problem reconsidered. *American Journal of Archaeology*, nº 87, 1983.

25 HOMERO. *Ilíada*. Ed. José Alsina. Barcelona, 1999.

a su señor en su proceso de recuperación del poder. En el aspecto bélico se muestra quizás con mayor claridad esta situación: en el segundo canto de la *Ilíada* se puede leer como Odiseo evita la desbandada del ejército griego persuadiendo amablemente a los capitanes y con golpes a la tropa, resaltando el caso de Tersites que vilipendiaba a los líderes aqueos y fue castigado por Odiseo ante el alborozo y la aprobación del resto de la tropa, debido a su comportamiento atrevido.

La separación entre ambas clases, dirigentes y dirigidos, era nítida e infranqueable, y en el mundo homérico todos asumían su situación y veían negativamente cualquier intento, siempre fallido, de superar tal separación.

El conjunto del pueblo sólo tenía un medio de expresión, la asamblea. Ésta la convocaba el rey y su única función era apoyar al rey permitiéndole de esta forma pulsar el sentir «popular» aunque en ningún momento de forma vinculante para su toma de decisiones. La asamblea en tiempos de guerra, como sucede en la *Ilíada*, la conformaban el total de los soldados, y tal y como nos la refleja Homero, sus componentes asentían o no a las palabras de sus líderes, únicos con potestad para hablar y exponer sus opiniones.

Sólo en una ocasión podemos intuir en Homero el potencial del *demos*, el pueblo. Mentor acusaba al *demos* de Ítaca de no hacer nada para proteger el honor y la casa de su monarca: «(...) aún siendo muchos, no contenéis a los pretendientes, que son pocos»²⁶.

En la cúspide de esta sociedad estaba la figura del rey, *anax* o *basileus* en Homero. La figura del monarca homérico está plenamente imbuida del carácter heroico propio de los poemas épicos. Su capacidad para gobernar, su posibilidad real, estaba basada en *iphi*, esto es, «por poder»²⁷, en el sentido de carácter, habilidad y prestigio, posiblemente dotaciones éstas concedidas por los dioses. De tal modo la sucesión dinástica no era un concepto seguro ni establecido. Como prueba vivamente de esto podemos ver el argumento de los pretendientes de Penélope en la *Odisea*.

La inestabilidad propia de esta situación política se refleja en el resultado de algunos de los regresos de los monarcas griegos a sus ciudades tras la caída de Troya, cuyo máximo exponente es Agamenón y la consecuente tragedia de Orestes para recuperar su trono y vengar su asesinato.

Frente a esta aristocracia militar y económica, estaba el resto de la población en una amalgama de difícil clasificación. Si bien la diferencia entre el pueblo y los aristócratas era diáfana, los posibles estratos que conformaban el común del pueblo son difícilmente identificables.

26 HOMERO. *Odisea*. Ed. José Luis Calvo. Madrid, 2004. Canto II.240-241.

27 FINLEY, M.I. *El mundo de Odiseo*. Madrid, 1999.

La línea que separaba a los hombres libres de los esclavos, dentro de las clases populares, es cuanto menos insegura. Sin lugar a dudas existían esclavos, en especial mujeres y sobre todo por capturas en saqueos de razzias y como botín de guerra.

Es lógico pensar que una gran parte de la población serían pequeños propietarios, campesinos y ganaderos. Junto a éstos existía un grupo de personal especializado laboralmente: médicos, herreros, bardos, orfebres, adivinos... El propio Homero los define como *demioergoi*, «trabajadores para el pueblo» o bien «trabajadores para la gente» y ciertamente su situación debía distar de la de los campesinos por su contacto frecuente con las altas esferas del poder dentro de su ámbito laboral.

Podemos apreciar en Homero un cierto desdén hacia otro sector de la población, los *ethes*, trabajadores a sueldo sin propiedades y que se veían a veces condenados a la mendicidad. Quizás su situación fuera peor considerada incluso que la de los propios esclavos al carecer de vínculos que lo determinaran dentro de las tres principales esferas sociales que Finley define como «*hogar, parentesco y comunidad*»²⁸.

La figura del mercader tampoco aparece de forma concreta en las obras homéricas. Si bien puede considerarse una alusión a ella lo que un joven feacio dijo a Odiseo asemejándolo, de forma ofensiva, a «*el que está siempre en una nave de muchos bancos, a un comandante de marinos mercantes que cuida de su carga y vigila las mercancías y las ganancias debidas al pillaje*»²⁹. Quizás de tal forma fueran vistos aquellos cuya principal ocupación no era la agricultura, la ganadería, la artesanía o la guerra. El comercio homérico se basaba en el trueque, sin ningún patrón establecido por ningún poder. La base de equivalencias es el ganado y su uso se basa ineludiblemente en la tradición y la costumbre, siendo este barómetro «universalmente» conocido por todos y aceptado como tal entre iguales.

Conclusión

Queda patente que la sociedad que nos revelan las tablillas y la que los relatos homéricos nos ofrece no son la misma. Sus diferencias son tantas que no pueden ser apartadas. Pero no debemos desentendernos de la información que el poeta ciegos nos brinda. Si bien las diferencias existentes son insalvables, también podemos apreciar notables semejanzas que deben ser motivo de estudio y análisis. Lógicamente estas semejanzas pueden apreciarse de forma más nítida en los diversos aspectos que constituyen la cultura material micénica ofrecidos por la Arqueología y los símbolos de las tablillas tras su comparación con las descripciones que Homero hace de ellos.

28 FINLEY, M.I. *El mundo de Odiseo*. Madrid, 1999.

29 Homero. *Odisea*. Ed. José Luis Calvo. Madrid, 2004. Canto VIII.160-163.

Si las cronologías actuales son correctas, y así parecen serlo, entre el periodo micénico (en el que incluiremos la hipotética guerra de Troya) y la época que vivió Homero transcurrieron alrededor de cuatrocientos años. Por otro lado conviene destacar que en los siglos anteriores a Homero se vivió la llamada Edad Oscura en la Grecia continental, donde sí ha quedado demostrada la ausencia casi total de sistemas de escritura que ayudaran a la gestión de los pequeños estados surgidos tras la caída de los palacios micénicos.

El mito del conflicto troyano debió propagarse, con sus consecuentes modificaciones y variantes, de forma oral durante estos cuatro siglos hasta llegar a Homero. Teniendo en cuenta que la intención del poema épico es siempre literaria y ensalzadora de valores y caracteres, no de crónica histórica, no podemos equiparar la sociedad homérica con la micénica, pero sí nos es factible, en la actual situación del conocimiento, intentar sonsacar aspectos del mundo de las tablillas que de alguna manera se conservaron en la tradición oral cuyo heredero es Homero, algunos tan concretos como el casco hecho a base de colmillos de jabalí.

Existen aspectos que tras el desciframiento de las tablillas en Lineal-B muestran ciertos paralelismos con las conclusiones que antropólogos y filólogos habían aportado tras un estudio independiente e incluso previo de los relatos homéricos. Este es el caso de la esclavitud femenina, donde podemos ver como la situación que nos describen las tablillas de Pilos se adecua prácticamente a la reflejada en la *Iliada* y la *Odisea*, o el aspecto de la ausencia de la figura de mercaderes y de comercio en base a un patrón monetario establecido para tal efecto.

Pero no debe esto conducirnos a engaño. Si bien existen estos paralelismos, algunos aspectos conceptuales como el de la monarquía y otros más concretos como el uso del carro de combate, por mostrar dos ejemplos, difieren lo suficiente como para que nos planteemos qué periodo refleja, consciente o inconscientemente, Homero en sus obras.

La monarquía descrita en los poemas es una monarquía con un fuerte sello personal, dependiente de la fortaleza de cada rey, y con una gran dosis de inestabilidad precisamente debido a esto. Por el contrario, la sistematización, la especialización, el alto grado de organización, disposición de tropas, recepción y distribución de riqueza y la compleja estructura del poder y de sus estratos que aparecen en las tablillas micénicas nos vienen a indicar que éste era un sistema político perfectamente reglado, con sistemas de control interno entre las fuerzas políticas (separación entre Seguidores y Terratenientes), cuya capacidad, si bien se vería fortalecida con un monarca poderoso, no mermaría ostensiblemente en caso contrario. Era un sistema político fuertemente implantado y probablemente aceptado de forma común.

Las lagunas que en los relatos orales que le fueron transmitidos a Homero debían ser rellenadas para asegurar la lógica del argumento y adaptarse a la mentalidad del

oyente, que solían ser lo poderosos del momento, a los que convenía además regalarles el ego con modelos de honor intachables y genealogías cercanas. Sin duda para el poeta o poetas que configuraran los poemas tal y como han llegado a nosotros, lo más sencillo y coherente, y fácilmente hecho propio por su audiencia, fuera la retrospectiva al pasado no tan remoto de los siglos X y IX a.C., es decir, alrededor de doscientos años en el pasado, lo cual sin duda daba un carácter verídico e «histórico» dentro de la idiosincrasia del momento a las informaciones aportadas.

Quizás una de las mejores pruebas de esto es la ausencia de referencias a la escritura en los poemas antes mencionada. Un basto ejército como el griego frente a una poderosa y rica ciudad como la Troya que describe Homero, debían tener por necesidad un sistema de anotación, aunque sólo fuera por motivos contables. Pero para el poeta tal existencia en un «pasado remoto» es inconcebible. La desaparición y posterior reaparición de la escritura tras la llamada Época Oscura Griega es un fenómeno que como tal no era conocido por los griegos del s. VIII a.C. Para ellos en ese pasado heroico y guiado por los dioses no era necesaria tal costumbre, por lo que ante el desconocimiento de su existencia en época micénica, la mano o manos que configuraron los poemas prescindieron de ella.

Esta manera se conformó la amalgama de usos y costumbres que vemos reflejada en las obras homéricas, donde tradiciones de los siglos oscuros se ven unidas a remotas leyendas del pasado micénico (o heroico), junto con matices que le son propios al siglo VIII a.C. Tal y como dice Finley, conviene desterrar el mito de la guerra de Troya para el estudio científico del mundo micénico, dejándolo sólo como una posible referencia a tener en cuenta en cuestiones antropológicas concretas.